

MENQUANTE

Pedro Pablo Picazo

CON PLUMA Y PIXEL

Título: Menguante

1.ª Edición: octubre de 2022

© 2021, Pedro Pablo Picazo, por el texto

© 2022, Miguel Cachinero, por la ilustración de cubierta

© 2022, Con Pluma y Píxel, por la presente edición

<https://www.conplumaypixel.com/>

© 2021, Con Pluma y Píxel, por la maquetación y el diseño

Impresión: Podiprint

<https://www.podiprint.com/>

ISBN-13: 978-84-125422-3-3

Depósito legal: LR915-2022

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

1

A esa hora de la mañana el piso solía estar vacío, silencioso y frío, pero ese jueves, día primero de mes, era un jueves distinto a todos los anteriores. Una vida entera de diferencia.

Para aquel día, Paula eligió una tarea en concreto de la larga lista que elaboró para organizar la que iba a ser su nueva rutina. La lista constaba de tres páginas a dos columnas. No quería perder ni un solo minuto. No quería pensar ni un solo segundo. De todas las ocupaciones posibles, la elegida fue organizar el armario de la ropa de sus hijos y, para eso, había decidido sacarlo todo al pasillo. Debía ser una limpieza profunda, minuciosa y completa. Tirar lo que era inservible, estaba en desuso y viejo, para quedarse con lo útil, lo práctico y más nuevo. A medida que iba extrayendo prendas de su interior la tarea le pareció inacabable. Nunca imaginó que el mueble fuera tan amplio y que pudiera acumularse tanta ropa en su interior. Los niños habían crecido demasiado rápido y la ropa de tallas pequeñas se había acumulado en el fondo, negándole espacio a las nuevas prendas en uso. Esa había sido la faena que Paula había escogido para empezar su nueva rutina. Le pareció la mejor de todas las tareas posibles. Hacer limpieza con su vida, una vida que no había elegido, pero que no le quedaba más opción que aceptar: la de mujer en paro.

Al cabo de un buen rato, el pasillo estaba lleno de perchas con pantalones, camisas, pijamas deshilachados, calcetines con agujeros y camisetas de color impreciso a causa de los infinitos lavados. Paula tomó aire y miró el resultado de su trabajo. Sintió algo de angustia y vértigo. De repente, la casa le pareció más pe-

queña. Creyó que aquella sensación era fruto de la tarea que se había encomendado. Estaba equivocada. No se trataba de una sensación. Si lo hubiera medido se habría dado cuenta de que el pasillo era exactamente cinco centímetros más estrecho que cuando comenzó.

2

Paula se colocó en la esquina del salón, junto a la ventana más grande de la habitación, de espaldas a la terraza. La abrió para tener mayor claridad y así poder valorar qué ropa merecía conservarse para entregarla a la beneficencia y qué otra iría directamente a la basura. Se sentó en el suelo y fue mirando camisa a camisa, pantalón a pantalón. Cada una de aquellas prendas le traía recuerdos de años pasados, de retazos de una vida que ahora le parecía lejana, distante e irrecuperable. Le dolía pensar que ya no era una profesional activa y considerada, como lo había sido hasta poco antes. Le dolía todavía más verse simplemente como una ama de casa, pero quería suponer que se trataría de algo temporal, cuestión de unos meses, semanas quizás. No mucho. Desde que supo del expediente de regulación de empleo se dijo a sí misma que no tardaría en encontrar un nuevo trabajo. Había pocos profesionales de su perfil. Aunque también sabía que sería difícil que pudiera llegar a percibir el mismo sueldo que rezara en su nómina. Quizás iba a tener que bajar sus expectativas económicas, lo que le hizo caer en la cuenta de que podía vender al peso la ropa que no sirviese. Sería una buena forma de aprovecharla. No sabía cómo no se le había ocurrido antes. A fin de cuentas, ese había sido su trabajo hasta dos días antes: control de la producción de una gran factoría metalúrgica. Paula sonrió al pensar que antes calculaba los costes en toneladas de metal. Ahora lo hacía en unidades de calzoncillos con el ratón Mickey impreso y desgastado por el uso. Debía aprovechar al máximo sus recursos ahora que venían tiempos difíciles, aunque

ignoraba si el rendimiento de esa gestión merecería la pena. Era tanto lo que ignoraba de su nueva vida que la sacaba de juicio.

Se agachó para coger una vieja cazadora vaquera de la niña cuando le pareció ver algo moverse a su lado. Miró alarmada por si se trataba de un insecto o de un roedor, algo extraño en una séptima planta, pero no imposible, y rogó porque no fuera ninguno de ellos. Afortunadamente, no había nada. Por si acaso, giró la cabeza a su alrededor para comprobarlo. La casa le pareció vacía y triste. Pocas veces había estado allí sola. Siempre andaban correteando los niños o Simón con sus papeles. O su madre, aunque a ella lamentablemente ya no volvería a verla por allí. Es curioso cómo las desgracias a veces van de la mano, haciéndose compañía, como si les diera lástima ir solas. Volvió a sentir ese algo que se movía a su lado. Miró otra vez y seguía sin haber nada, aunque le pareció que la pared se encontraba un poco más cerca de su cara. Algo improbable e imposible, aunque estaba segura de no haberse sentado tan cerca. Le agobiaba sentirse encerrada y fue a alejarse unos centímetros. Se levantó para mover la silla y comprobó que sí se había movido, que esta vez no se había tratado de una mera sensación. No estaba equivocada y pudo comprobarlo de manera palpable. El botón de una de las camisas de su hijo quedó atrapado entre el muro y el suelo, justo bajo el plinto que embellecía esa frontera. Paula tiró de la prenda, pero se resistía. Lo hizo cada vez con más fuerza, hasta el botón emitió un gemido que indicaba que se partiría en breve. Se detuvo y repasó de nuevo la situación. Estaba convencida de que la pared se había movido, que por supuesto se hallaba más cerca de la silla en la que se sentó, que no lo estaba soñando. ¿A qué podía deberse? ¿Cómo era posible que un tabique como aquel, de un bloque de pisos de menos de diez años, se moviera? Ante la imposibilidad de liberar el botón sin romperlo, abandonó y tocó con la palma de su mano el frío muro. Aquel tacto le re-

cordó meses atrás, cuando se despidió de su madre para siempre antes de que cerraran la caja: frío, yermo y distante. Sin embargo, esta vez, dentro de la pared percibió una extraña vibración. Parecía proceder de algo que se movía, como si bajo el cemento zigzagueara una enorme serpiente que emitía un sonido ronco y ahogado, semejante a un desagradable chirriar de dientes. De repente, Paula sintió entre sus dedos cómo el muro empujaba y ella retrocedió dando un saltito y emitiendo un pequeño chillido. Pensó que debía tratarse del vecino, que tenía que estar haciendo alguna obra o taladrando la pared y provocando aquel desastre. Si no lo avisaba inmediatamente, temió que no tardaría en echarlo abajo. Decidida, salió al descansillo y comenzó a aporrear la puerta contigua exigiendo que la abrieran con urgencia. Pero al otro lado no parecía encontrarse nadie, ya que no hubo respuesta. ¿Quién estaba provocando aquel extraño movimiento? Minutos después llegó Rafael, el vecino, cargado del supermercado con lo que parecía la compra de la semana. Afirmó haber salido a primera hora de la mañana y que no había nadie en ella. Ante la insistencia de Paula, dejó las bolsas en el suelo, sacó las llaves, abrió la puerta y le mostró que dentro no se encontraba más que el folleto de la tienda de neumáticos de la esquina, que habían pasado bajo la puerta. Paula no sabía cómo excusarse ni qué decir. Afirmó tan solo haber oído un fuerte golpe y Rafael le explicó que debía proceder del ascensor. El cable a veces se enganchaba y sonaba como un latigazo.

—Ya se acostumbrará con el tiempo —auguró inocentemente, sin saber el daño que provocaba en Paula, a quien le pareció que le vaticinaba muchos meses encerrada en casa sin trabajar.

La mujer se despidió secamente y regresó a su piso. Volvió al salón y miró por la ventana. Quizás unas obras en la calle habían provocado aquel inesperado movimiento, pero afuera solo en-

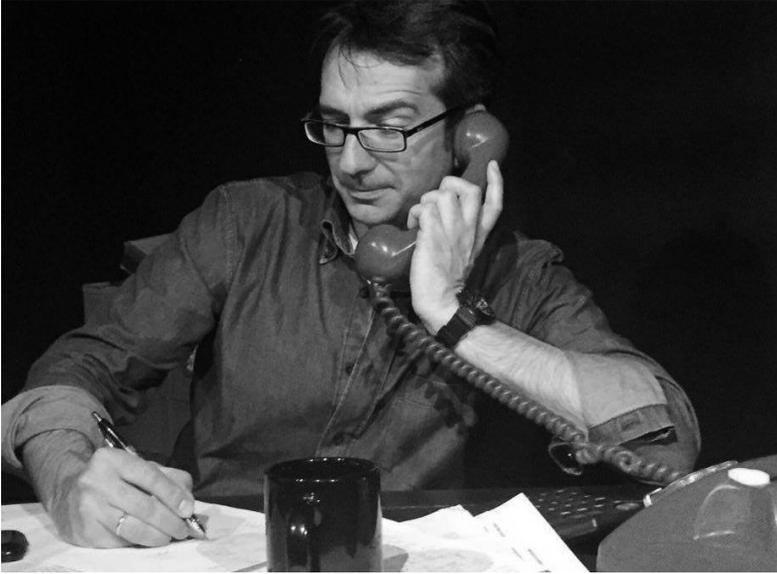
contró el tráfico y gente deambulando de aquí para allá. Miró de nuevo a la pared. La camisa estaba tirada en el suelo y libre, como si el tabique hubiera regresado a su posición original, algo poco probable, por no decir imposible. Un fuerte dolor atacó a las sienes de la mujer. Muchas dudas se agolpaban en su mente y muy pocas respuestas razonables. Mientras se tomaba un paracetamol con un vaso de agua, concluyó que debía haberse equivocado, que no tenía otra explicación, pero, a veces, en muy pocas ocasiones, sucede que lo extraordinario se cuele en la vida de las personas y su cotidianidad por razones insospechadas. Eso fue lo que, para su desgracia, Paula pudo comprobar cuando revisó la camisa y reparó en el botón que se había enganchado. Estaba partido, justo en el medio, el lugar en el que Paula había visto que se quedó atrapado en la pared.

Y en esta interesante escena tenemos que dejarlo. Muchas gracias por descargarlo y leer este extracto.

Puedes adquirir el texto completo en:

<https://conplumaypixel.com/>

El autor



Pedro Pablo Picazo se formó como guionista en la Escuela de Cine de Madrid y le apasiona contar historias, independientemente del formato o el medio. Como guionista ha trabajado para televisión en documentales y programas, también en animación, y escrito varios largometrajes, como *Hazlo por mí* (Álvaro de la Hoz, 2022) o *No más flores para los muertos*, Premio Internacional de Ciencia Ficción, 2020. Es autor de una treintena de obras de teatro, como *Así se escribió tu vida*. En el terreno literario, es el autor de *Su majestad el Rey de los Niños Zombis*, *Este sueño está patrocinado*, *Leyendas de alquiler*, *El escondite secreto del corazón de Aline* y *El Guardián de las Pesadillas*.

Otros títulos

Librojuegos

- Lucha final (Flash Interactivo 1)
- Sombras demoniacas (Flash Interactivo 2)
- Cazador (Flash Interactivo 3)
- Tropas de choque (Flash Interactivo 4)
- Rescate en Remsis VII (La saga del Merc 1)
- Infierno púrpura (La saga del Merc 2)
- Zona límite (La saga del Merc 3)
- Cuenta Atrás (Acción 2.0)
- En la caverna de Kur (Acción 2.0)
- El Sistema (Aventurer@s)

Narrativa

- Hijos de la destrucción (Fantasía)
- Navescuela (Antología)
- El piloto... ¡de otro mundo! (Ciencia ficción)
- El rugido del dragón (Antología)
- Demonios en la cumbre (Fantasía)
- El mercader de Venus (Antología)

¿Un mundo mejor? (Ciencia ficción)
Terror a cuentagotas (Antología)
Mi Evolución Diamante (Ciencia Ficción)
Primera luna llena de verano (Pluma Pocket)
El volante invisible (Pluma Pocket)
Micronomicón (Antología)
El mal de Casandra (Fantasía)
El mercader de Venus 2 (Antología)
La alianza de Nuno (Fantasía)
El mercader de Venus 3 (Antología)
Los Gamusinos (Fantasía)
APSU (Ciencia ficción)
Viñas de Marte (Antología)
Revelaciones (Antología)
Sombras hambrientas (Pluma Pocket)
Susanna Blue (Ciencia ficción)
Londres entre muros (Pluma Pocket)
El Campamento del Fin (Pluma Pocket)
Nueve fantasmas (Pluma Pocket)
Navescuela 2 (Antología)
El mercader de Venus 4 (Antología)

Manuales y guías

Mundos Fantásticos: guía para la creación de mundos de fantasía (3.^a Ed.)

Imperio de Rueda (Juego de rol)

En preparación

Senderos de guerra (La saga del Merc 4)

Los señores del ámbar (Fantasía)

Las balas de la memoria (Pluma Pocket)

La reencarnación del trece (Fantasía)

www.conplumaypixel.com